

CHRONICA

V SEMANA DE FILOSOFIA

(31 marzo-4 abril, 1959)

Cuatro Semanas de Filosofía se habían celebrado hasta el año presente en España, organizadas por el Instituto «Luis Vives» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la Sociedad Española de Filosofía. Los temas sobre los que estas Semanas han versado, han sido respectivamente la Persona, el Mal, la Libertad y la Forma. Los días de la semana de Pascua del año en curso, desde el 31 de marzo hasta el 4 de abril, han sido dedicados a celebrar la V Semana de Filosofía, a la que se asignó como objeto de estudio y discusión la Finalidad, uno de los temas más complejos y atractivos a la par de toda la Filosofía. La finalidad es una noción que penetra los ámbitos todos de la realidad y del pensamiento, «una verdadera encrucijada filosófica», al decir del Sr. Zaragüeta en el discurso de apertura de la Semana; el reiterado fracaso con que han visto esfumarse los esfuerzos de cuantos en distintas épocas han intentado explicar racionalmente la realidad o alguno de sus sectores, haciendo de ella caso omiso, lo han puesto en evidencia repetidas veces. Ni de la experiencia común, ni de la legalidad científica, ni del humano progreso puede darse última cuenta sin acudir a la idea del fin. Orientados por esta idea los organizadores de la V Semana de Filosofía han dividido el tema general en cinco ponencias especiales, que abarcaban en orden ascendente la ingerencia y la función de la Finalidad en los cinco sectores capitales de la realidad circundante: el mundo físico, el viviente, el humano así cognitivo como volitivo y el histórico. De su desarrollo fueron encargados respectivamente los siguientes Catedráticos universitarios: D. Carlos París, de la Universidad de Santiago; D. Juan Zaragüeta, jubilado de la Central; D. Jaime Bofill, de la de Barcelona; D. Manuel Mindán, de la Central, y D. Eugenio Frutos, de la de Zaragoza. Las ponencias fueron expuestas con holgura y amplitud en las sesiones vespertinas; las sesiones matutinas estuvieron dedicadas a la lectura y discusión de las numerosas Comunicaciones presentadas, en las que dentro de una obligada brevedad se dilucidaba algún aspecto especial, teórico o histórico, referente al tema central asignado a cada día.

1. El Sr. París, en su ponencia «Naturaleza y Finalidad», ante todo cree necesario disipar los graves equívocos a que el concepto de finalidad en la naturaleza se ha visto frecuentemente aquejado, llegando a revestir formas patológicas y caricaturescas. Para ello procede a un radical planteamiento del problema, sometiendo la idea de finalidad a un doble análisis, lógico y psicológico. Lógicamente considerada la finalidad se presenta como un tipo de ordenación de los fenómenos, presencias inmediatas, naturales. Esta ordenación finalista presupone una causalidad previa, de carácter todavía indeterminado, abierto de suyo a posibilidades diversas. La finalidad aparece así como una selección orientadora de las posibilidades abiertas. El proceso en su totalidad queda reinformado por una nueva estructuración, que implica un nuevo sentido. No es suficiente que al fenómeno A siga el fenómeno B, es necesario que B represente para A

un valor, un bien, un fin. Los elementos que la finalidad incluye son: una relación fija, un orden jerárquico y una relación vectorial, que la distingue de la eficiencia, cuya magnitud es de naturaleza escalar. El hombre descubre que el mundo encierra un sentido, un orden, cuya naturaleza se le escapa. Frente a la Filosofía racionalista que pretendió desvelar este orden mundano hasta sus últimos detalles, la Filosofía actual ha reaccionado, señalando que el hombre es menesteroso y que se ve desbordado por un orden y por unos hechos, frente a los que se siente puro sujeto paciente, sin lograr alcanzar su total comprensión. El análisis psicológico parte de la vivencia de la finalidad, concretamente de la experiencia técnica, en el sentido más amplio de la palabra. Un lejano antecedente se encuentra en Aristóteles, que traslada los conceptos finalistas de la *techné* a la *physis*. El finalismo queda bajo este aspecto moldeado, sobre el tecnicismo, aplicación de la naturaleza a la satisfacción de las necesidades humanas. La naturaleza pura con sus fuerzas brutas aparece en este proceso como materia, las necesidades como orientación, a cuyo servicio se opera una reinformación de lo puramente natural en el artefacto técnico y su mundo. Evitando a la vez las exageraciones del antropomorfismo y del extremado dualismo, el Sr. Paris entiende que el finalismo de la acción técnica humana expresa al nivel del hombre algo que tiene un valor general en la naturaleza, y que ésta contiene germinalmente desde sus primeros estadios. Las virtualidades del finalismo han sido destacadas en nuestros días: a la comprensión del orden natural no puede alcanzarse, si se elimina de él la finalidad. La categoría de la «creatividad» expresa del modo más propio la existencia de la finalidad en la naturaleza, con la emergencia de unidades progresivamente más sintéticas y complicadas, en niveles sucesivos de progresión ascendente hasta llegar al hombre, a la vez proyecto del cosmos y proyección real hacia el más allá. La finalidad constituye una de las dimensiones esenciales del ser natural en su calidad de dinamismo progresivo. El dinamismo finalista de la propia existencia humana expresa en sus cumbres más altas, una realidad globalmente presente en el cosmos desde el plano mismo de lo inorgánico.

2. El Sr. Zaragüeta, restringe su ponencia sobre «Finalidad y Vida», a la vida vegetal y a la vegetativa de los animales o a la consciente de éstos en cuanto de alguna manera concierne a aquella. Finalidad significa «dirección», que contrasta con la «dimensión» propia de la eficiencia. Las causas eficientes de los vivientes son de naturaleza físico-química y en cantidad determinada integran el organismo así en su constitución como en sus reacciones funcionales; esta cantidad de elementos físico-químicos es de suyo susceptible de orientarse en muchas y hasta divergentes direcciones y es cabalmente lo característico de la vida el que tan solo se oriente en una o, dentro de un reducido margen, en varias. En un viviente ya constituido la dirección de las fuerzas físico-químicas se manifiesta en las funciones de nutrición, defensa y reproducción, conducente la primera a mantenerlo en su ser a través de un incesante dinamismo de asimilación y desasimilación, la segunda a preservarlo contra elementos hostiles, interiores y exteriores, y la tercera a transmitir la vida de uno a otro individuo, salvaguardando la continuidad de la especie. En su periodo constituyente la vida acusa fuertemente su finalismo así en la ontogénesis como en la filogénesis. En el proceso ontogénico es evidente el desarrollo del viviente desde una célula elemental hasta un organismo complejo, desarrollo que es imposible explicar por los factores físico-químicos exclusivamente considerados desde el punto de vista de la eficiencia. Asimismo la filogénesis con la innumerable variedad de especies que encierra, sólo halla una explicación suficiente, si atendemos a la conjugación selectiva del medio exterior con el interior y a la reacción de éste frente a aquel en una pluralidad de direcciones, solo dentro de determinados límites heterogéneas. A diferencia de la finalidad explícita o intencional, la vida en su nivel vegetativo ofrece tan solo una finalidad ejecutiva im-

plicada en sus factores de eficiencia; el animal por su parte se deja conducir por instintos y apetitos cuya finalidad le es desconocida, pero que es conseguida a través de los actos a que aquellos le inducen. En las aclaraciones que siguieron a la lectura de su ponencia, el Sr. Zaragüeta parecía negar que los seres físico-químicos en su orden propio estuvieran regidos por la ley de la finalidad; la finalidad, a su parecer, no comienza en la naturaleza hasta la aparición de la vida, en cuyos dominios se da inicialmente la búsqueda del bien y la fuga del mal; lo finalístico quedaría de este modo recluso dentro del terreno de lo axiológico, privado de amplitud ontológica.

3. El Dr. Bofill en su ponencia «Intencionalidad y Finalidad», ciñe su exposición a la intencionalidad en sentido estricto según que el término «intencional» se utiliza para designar cuanto se refiere a la función psicológica del conocimiento, ya sea como determinación interna, ya como término suyo immanente. El orden intencional es el orden propio de la conciencia, en cuanto *con-ciencia*, *cum-scientia*, *conciencia de...* La intencionalidad no aparece en plenitud al nivel de la sensación ni al de la imaginación; falta en ellas aquella función que disgrega y contrapone el Sujeto al Objeto, función que tan solo surge al nivel de la conciencia intelectual. La condición ontológica de la conciencia intencional es la de ser un Yo abierto hacia un objeto. Esta intencionalidad de la conciencia, donde tiene su lugar propio y manifestativo es en el juicio, que presupone momentos previos, provisionales, tensos hacia la unidad estructural *judicativa*. Los elementos finalísticos implicados en todo conocimiento se revelan sobre todo en el hecho de la atención, bien sea voluntariamente *imperada*, bien naturalmente provocada por el objeto, que la atrae y solicita: este objeto no solamente se contrapone al sujeto en la conciencia intencional, mas también se le impone. Esta imposición empero no es absoluta; conserva siempre el sujeto el poder de cesar en su consideración y de orientar su atención hacia otro objeto; tan solo una presencia inmediata de Dios intuitivamente captado se impondría de una manera absoluta; aquí tenemos la finalidad última de la conciencia intencional. La imposibilidad de absorber el principio de razón en el de identidad permite la fragmentación en profundidad del ámbito objetivo de la conciencia intencional, haciendo posible la distinción en él de varios planos, ordenados entre sí y jerarquizados; la noción de objeto se hace así plurivalente. El acto cognitivo intencional termina en el *Verbum mentis*, denominado también *Intentio intellecta*, *Concepto objetivo*, *Objeto immanente*. También es objeto la *Res* tomada en sentido fuerte, existencial. Entre el *Verbum mentis* y la *Res* se interpone un eslabón, que garantiza su unión; de lo contrario el movimiento intencional objetivante se vería detenido en la pura esencia, que es donde se detienen los *Racionalismos* de toda laya. Además de una estructura formal debemos distinguir en la conciencia una dimensión existencial. La conciencia cognitiva tiene abierto el acceso al mundo real a través de la sensibilidad. De esta suerte tenemos en un primer momento la diferencia entre el objeto immanente y el trascendente, diferencia que queda superada en un segundo momento, el en que explícitamente se reconoce su unificación. El principio de esta unificación es el mismo acto intelectual, como pensamiento abierto a la presencialidad del objeto. Este objeto pasa, en virtud de la finalidad, por tres planos sucesivos de objetividad, siendo captado primero como objeto immanente, segundo como realidad puramente esencial o formal, y tercero como realidad, *cuius actus est esse* o existencial. Esta dinámica finalista empuja a la inteligencia hacia nuevas síntesis cada vez más comprensivas hasta alzarse al analogado *princeps* de toda síntesis, aquel en el que acto y objeto se reducen a uno, a la *noesis noeseos*, en quien *essentia* y *esse* se funden en perfecta identidad. La finalidad es, en definitiva, lo que asegura la trascendencia a la vez gnoseológica y metafísica al conocimiento; la intencionalidad cognitiva conduce hasta Dios.

4. «Fin, Bien y Valor» es el tema de la ponencia del Sr. Mindán. Pueden en ella distinguirse dos partes limpiamente señaladas: una teórica y otra histórica. En la parte primera se precisa y define el sentido de los términos, que entran en el problema; en la segunda se exponen las concepciones de dos pensadores modernos, que han orientado su especulación con personal originalidad hacia los temas objeto de la ponencia: Max Scheler y L. Lavelle. Fin en sentido espacial significa limite, que hacia dentro contiene y hacia fuera separa; en sentido temporal fin se opone a comienzo y significa el cese de un proceso, ya perfecto, ya defectivo. En orden a la actividad humana las cosas, que ahí ante ella están se constituyen en fines, en objetos intencionales, como algo que se desea conseguir o como algo que se intenta realizar; en el primer caso tratase de un vacío que busca su complemento; en el segundo de una perfección que se actúa y expande. Se denomina sentido a la dirección de un objeto hacia otro, de una situación hacia otra; incluye una tensión, una salida de sí, una apertura hacia otro, una trascendencia. Comprender es captar un sentido, la relación de la parte con un todo dentro de un determinado horizonte. Las estructuras de sentido se fundan sobre los valores, que vienen a ser de esta suerte concentraciones de sentido. Destino es un fin impuesto desde fuera, fatalmente, contra el que la libertad humana resulta impotente. El destino puede ser la vocación para el hombre individual, o el puesto en el todo cósmico para el hombre en general. Respecto a la naturaleza del valor han aparecido a lo largo de la historia diversas teorías. Para la Escolástica el Bien se identifica realmente con el Ser, del que es una propiedad trascendental, que incluye una relación al querer. Coincide el Bien con el Fin realmente, aunque conceptualmente se distinga. En los últimos cien años, fuera del campo escolástico, han surgido múltiples interpretaciones del Valor, entre las que descuellan las elaboradas por Marx Scheler, representante de la corriente fenomenológica alemana y por Luis Lavelle, figura relevante del espiritualismo francés. Para Max Scheler, que distingue las esferas del ser y del valor, es valor aquello que hace a una digna de ser estimada, positiva o negativamente; Bien es el ser que comporta un Valor o la acción que lo realiza. Las cosas materiales son sujeto de valores estéticos, las acciones humanas de los éticos. El entendimiento es ciego para el valor, que solo puede ser captado por una intuición emocional, a través de un proceso, en el que es dable distinguir tres fases: en la primera se siente o intuye la materia del valor, en la segunda un valor es preferido o postpuesto a otro u otros, lo que implica una jerarquización entre ellos, y en la tercera se ama o se odia el valor descubierto. El ser capaz de intuir y realizar valores, es la Persona; el valor determina el progreso y su realización constituye la cultura. La simpatía y la antipatía, el amor y el odio, son el lazarillo que conducen respectivamente hacia los valores positivos o hacia los negativos. Sobre esta teoría axiológica fundamenta Max Scheler toda una concepción ética y su aplicación constituye una Pedagogía, cuya misión consiste en preparar al sujeto para la intuición y la realización de los valores. Por su parte, L. Lavelle a las tres categorías ontológicas, Ser, Existencia, Realidad contraponen las tres axiológicas, Bien, Valor, Ideal, que con las primeras se corresponden. El Bien corresponde al Ser, con el que se identifica; el Valor que se corresponde con la Existencia es el mismo Bien en cuanto participable; el Ideal y la Realidad constituyen una pareja indisoluble de opuestos que se corresponden guardando una simetría de sentido inverso. La libertad humana se orienta hacia el Valor, que dice una esencial referencia al Bien, el cual se identifica con el Ser. La existencia humana se da no realizada, pero con la misión de realizarse y de realizar en sí misma los valores; su finalidad consiste en la relevancia de la Persona. La moral de fines, en cuya cima se sitúa el Bien supremo, identificado con el Ser; moral mucho más próxima al pensamiento cristiano que la moral de los valores de Max Scheler.

5.—Con la ponencia «Finalidad e Historia» cerró el Dr. Frutos la serie de las ponencias de la V Semana de Filosofía. Un concepto de Hombre es necesario como base natural para el establecimiento de su dimensión histórica y para la implantación en ella de fines. El acaecer humano no es determinado como el físico ni cíclico como el vital; la presencia de la libertad implica la inserción en su dinamismo de elementos indefinidos. La libertad con su carga de posibilidad e indeterminación es uno de los elementos esenciales del hombre, radicado en su racionalidad. El hombre no es acto puro, sino actualización, perpetuamente renovada, de su potencialidad indefinida. Tradición y novedad constituyen el tejido del vivir humano; el hombre enraizado en su pasado, va llenando su vida de contenido siempre nuevo y abriendo caminos al avanzar, merced al incesante movimiento creador de su espíritu racional y libre. Tres clases de elementos vienen a integrar el hombre y su actualización, unos totalmente invariables, como la racionalidad, otros variables dentro de ciertos límites, como los psicotipos, y otros finalmente variables absolutamente, como las libres decisiones. De la fórmula con que Dilthey ha definido al hombre «compuesto de azar, destino y carácter», debe borrarse el azar y conservarse el destino, como necesario en sí mismo, pero libremente aceptado por el hombre y el carácter, como estructura psicológica, relativamente modificable y con la que necesariamente hemos de contar, como con un elemento insoslayable. La máxima existencialista, según la cual el hombre puede hacer de sí lo que él quiera, sólo con muchas restricciones puede ser aceptada. El hombre actúa por móviles y justifica su actuación por motivos. De la zona afectiva humana arrancan motivos no puramente emotivos, mas tampoco plenamente racionales; son fines latentes, que a la luz de la reflexión pueden hacerse patentes. Además de estos elementos internos, la humana libertad se mueve en medio de circunstancias extrahumanas, tales como el medio ambiente, la situación económica, que se humanizan cuando se insertan dentro del destino humano. El aparente determinismo histórico, con sus leyes, señaladas y descritas por los que mejor que filósofos debieran ser llamados morfólogos de la Historia, basados en el hecho de la «reiteración», se explica a base del número limitado de posibilidades concretas, dentro de las que se mueve y actúa la libertad humana. Este hecho de la reiteración, minuciosamente descrito por Vico con sus *corsi e ricorsi*, Spengler con sus culturas vivientes, D'Ors con sus constantes históricas o «eones», Toynbee con sus aproximaciones paralelísticas, no es en manera alguna, al decir del mismo Heidegger, opuesto a la libertad, ya que la «reiteración», el asumir un destino histórico ya realizado por otro, es una decisión enteramente personal y libre; el otro libremente asumido como modelo sirve a la vez de estímulo y acicate. Al filo del tiempo el hombre de naturaleza esencialmente prospectiva va realizando fines históricos parciales, tales como las sociedades, las culturas... Pero la finalidad última y total de la historia escapa a la pura razón y realización humana, siendo imposible determinarla de una manera puramente racional. Es necesario admitir por encima de todos los fines humanos, un plan superior y providencial. La Filosofía de la Historia apela necesariamente a una Teología providencialista de la Historia.

Al margen de las Ponencias, que han constituido la columna vertebral de la Semana, se han presentado, leído y discutido numerosas Comunicaciones de variado carácter, cuyo propósito era exponer con mayor detenimiento y aquilatar con mayor precisión alguno de los aspectos particulares del tema del día, al que dentro de la perspectiva general de la Ponencia no era posible consagrarle toda la atención y amplitud de que era merecedor. Con objeto de presentar sistematizadas estas aportaciones hemos optado por dividir las en dos categorías, según que en ellas se abordara algún aspecto teórico o histórico del tema general de la Finalidad.

1.—*Comunicaciones teóricas.*—1: El Sr. Gávez Laguarda se muestra en su comunicación «Finalidad y Causalidad» un sutil afinador de conceptos. Para definir el com-

plejo y difícil de finalidad recurre, a un análisis dimensional y ontológico poniéndolo en comparación con otros conceptos con los que guarda alguna analogía, tales como los de fin, designio, misión... Fin es un proceso que termina; designio es un fin voluntariamente elegido; concretar un fin es designar; misión es un fin pretendido, referido no a la acción, sino al agente; finalidad es una misión que se aspira a conseguir, aunque no llegue a conseguirse; resultado es el fin obtenido. Precisiones terminológicas similares ofrece el Sr. Gálvez, tratando de diferenciar las modalidades que presenta el actuar o el hacer, según que por esos términos se pretenda designar el crear, obrar, ejecutar, intentar, ocasionar... El Sr. Gálvez se ha mantenido en el plano de las definiciones.

2.—D. Aurelio Kolnai en su matizada Comunicación «Pluralismo y correlación de las finalidades», presenta al hombre encajado en una pluralidad de finalidades autónomas. No se puede hablar de la felicidad como de un fin último natural, del que los fines concretos y ordinarios de la vida puedan ser deducidos; estos fines particulares no dependen causalmente de la felicidad en abstracto o en común. Los bienes materiales llevan en sí una función instrumental, capaz de conducir a varias y diversas finalidades; pero además de esta su función de medio, tienen en sí su finalidad propia, necesariamente presupuesta por su instrumentalidad abierta. Siempre es posible escoger un medio entre varios, sustituir unos medios por otros, enfocándolos y enfocándose hacia ellos desde unas preferencias enraizadas en el sujeto; las elecciones de los medios presuponen siempre una panorámica general de los fines.

3.—La comunicación del Sr. Norman Barraclough discurre dentro del campo científico de la mutación inmanente. Denomina «entorno» a un ente con identidad propia, algo completo en sí, una estructura cerrada, elemental o compleja. El «entorno» implica una función dinámica, que incluye una relación no ya de causalidad, sino de contigüidad. No es posible pasar de uno a otro «entorno», sino a través de lo contiguo; contigüidad no es causalidad, sino similaridad. La variación procede de lo contiguo antecedente y se encamina hacia lo contiguo consiguiente. Toda situación dinámica propende a ser la que más se le asemeja, por la que todavía no ha pasado. Se dan «entornos» naturales complejos, es decir, fenómenos dotados de unidad natural, que constan de otros «entornos» más elementales; estos últimos «entornos» pertenecientes a un mismo nivel, que integran un «entorno» superior guardan entre sí cierto orden. Un «entorno» superior contiguo encierra siempre una propiedad nueva, que va conservándose y transmitiéndose acumulativamente. Toda situación dotada de unidad natural sigue al transformarse la ruta más elemental. Los «entornos» del nivel elemental, al cambiar, cambian absolutamente; los más altos cambian lo menos posible y del modo más lento posible; así resulta que cuanto mayor sea la altura de un «entorno» mayor es también su permanencia. La finalidad surge cuando se busca lo nuevo partiendo de un nivel más elemental; esto nuevo adquirido va ejerciendo influencia en los niveles más elevados; la finalidad del proceso va implicada en el mismo proceso.

4.—Comienza D. Pedro Guirao su comunicación «Finalidad y azar», definiendo el fin, como el bien que se obtiene mediante algo y la finalidad como el camino hacia el fin. El fin es peculiar y propio de los seres inteligentes, la finalidad se extiende también a los no inteligentes. El universo está regido por la finalidad, contra Heráclito, que lo hacía obra exclusiva del azar y contra Aristóteles, para quien finalidad y azar se reparten los dominios del acaecer; la naturaleza según el Estagirita en su finalismo sufre colapsos, pasa por momentos de fatiga, produce monstruos. El azar puede ser considerado bajo diversos aspectos: como ignorancia de motivos, como lo improbable, como lo opuesto a la finalidad. Es un hecho de experiencia que el hombre inserta sus propias finalidades dentro del orden natural; la intervención humana alcanza a mo-

dificar detalles, más nunca la totalidad del proceso natural; las finalidades que la actividad humana introduce no son antinaturales, sino naturales de carácter secundario. Los huevos que pone la gallina tienen su finalidad natural en la reproducción de la especie, mas el hombre los subordina a su propio sustento. Lo que llamamos azar es algo que escapa a la finalidad humana, mas no a la finalidad natural; señala el límite interno de la humana capacidad, implica un desconocimiento preciso de la dependencia del efecto con respecto a su propia causa. No hay otro azar que el referido a una inteligencia limitada; no hay azar metafísico ni objetivo.

5.—Desde el comienzo de su comunicación «Finalidad y enigmas», se sitúa el Sr. Montero sobre fundamentos ontológicos, dentro de una perspectiva de trascendencia. Hay una relación esencial entre los fines de una cosa y su naturaleza; aquellos son determinados por ésta. La acción, en que la naturaleza se expande apunta hacia unos fines y se cierra para otros. En sentido inverso pero correlativo, al conocimiento de una naturaleza, llegamos a través del conocimiento de sus fines y de sus acciones. La acción, siempre finalista, delata la naturaleza del agente. Bajo este aspecto el hombre se abre y hace patente a su propio conocimiento; por el contrario, los animales nos resultan enigmáticos, pues nos es en extremo difícil, o incluso imposible, descubrir en ellos la relación existente entre acción y natura, entre esencia y propiedades.

6.—Distingue en su comunicación «Conocimiento previo del fin», Don Atencio Rodríguez García un doble conocimiento del fin: según que se trate de un fin todavía por conseguir o de un fin ya conseguido; el primero excita y atrae, el segundo aquieta y sosiega. El bien real no es en sí mismo conocido antes de su consecución; de esta suerte el fin del planteamiento de un problema es su solución, solución que al comienzo es incógnita, siendo solamente conocidos los datos, que son los medios. Así el fin último, la felicidad, es la gran incógnita de la vida, a cuya solución el hombre tiende, pero que hasta que no logre su real posesión, no conseguirá despejarla.

7.—En términos estrictamente tomistas explica el P. Roig Gironella, S. I., el sentido y el alcance del principio «omne agens agit propter finem» en su comunicación sobre «El principio metafísico de finalidad». Este principio implica una necesidad absoluta, que lo diferencia de toda ley física, de necesidad meramente hipotética. La actuación finalista y la azarosa se excluyen totalmente en principio, aunque en casos concretos parezca introducirse en la finalidad alguna mezcla de azar. Hay lugar a distinguir una finalidad en sentido tenue, consistente en una conexión natural y constante entre un agente y su término, conexión que la experiencia atestigua, de la finalidad en sentido pleno, explicación última de la conexión fáctica, debida a la inteligencia y a la voluntad. Una causa ciega no es capaz de explicar plenamente y sin residuo la conexión; la finalidad tenue o incoativa demanda y exige la plena. La finalidad respecto a su existencia se clasifica entre los sensibles *per accidens*; más respecto a su íntima naturaleza, al *quid sit*, es fruto de una elaboración racional; sin el discurso no se llega a la finalidad, que exige una moción inteligente, que a la vez da y explica la conexión. *Natura nihil facit frustra*; es imposible que cualquier agente produzca cualquier efecto. La finalidad conduce necesariamente a la Providencia. La comunicación del P. Roig Gironella se fundamenta sobre una rica serie de textos del Doctor Angélico.

8.—«La intencionalidad cognoscitiva y sus formas más originarias» es el título de la comunicación del Sr. Rubert Candau. En ella ofrece su autor una panorámica de las formas originarias de la intencionalidad cognoscitiva, descritas según los cánones del método fenomenológico. Previamente declara que la Fenomenología no es un puro método ni un sector del campo filosófico, sino una verdadera *Philosophia Prima*, en el orden ontológico, que con una temática y un método propios pretende esclarecer los

caracteres de la vida. Vivir es encontrarme con el mundo, que me afecta agradable o desagradablemente, y en el que me proyecto para actuar sobre él. La primera relación del hombre con el mundo es de mera presencialidad o cognoscitiva. El estrato primero del conocimiento es la intuición. Dentro de la intencionalidad cognoscitiva debemos distinguir: lo intuido-real de lo no intuido-no real, y con ellos el «yo», la vivencia por la que nos damos cuenta del objeto presente en su realidad o en su irrealidad. Estos primeros estratos se hallan implicados en todas las elaboraciones cognitivas sucesivas. Nos vivimos como «habiéndonos vivido». En lo real presente analizamos su estructura, distinguiendo en ella su existencia como carácter del todo, y la esencia, como uno de sus elementos; esto nos permite posteriormente aludir a los elementos fraccionarios y ordenarlos entre sí en formas diversas de las dadas en la intuición primordial.

9.—El P. J. M. Alejandro, S. I., en su comunicación «Finalidad y conocimiento», señala tres caracteres capitales de la especulación filosófica actual, que propende hacia lo concreto, huyendo de las secas y frías abstracciones: el movimiento existencia centrado en el hombre, la Sociología del saber de M. Scheler que estudia al hombre como realizándose en la sociedad y cierto cansancio de la insistencia sobre lo especulativo, desarraigado del hombre. Es de urgencia hoy en día el humanizar el saber y concretamente la gnoseología. El hombre y la naturaleza se funden en una unidad teleológica; lo anorgánico es para lo vital, lo vital para el hombre. El hombre es el fin del cosmos, el que reduce a unidad la variedad y multiplicidad cósmica. El hombre toma posesión del mundo por el conocimiento. La esencia teleológica del conocimiento no es la de crear ni constituir la realidad, al estilo idealista, sino la de centrar y encajar al hombre en el cosmos.

10.—Don Elias Martínez Ruiz en su comunicación «La teología nueva y fin, bien y valor» propugna que la recuperación de lo real por la vuelta a lo concreto es la tarea más urgente que incumbe a la Filosofía de hoy; lo que al hombre actual interesa es conocer lo que la realidad significa para él y él para la realidad. Por la intuición emocional de los valores ha hecho entrada en la Filosofía lo irracional; mas la escisión de ser y valor no es una separación. Se advierte una gran desconfianza respecto de la filosofía tradicional, tachada de excesivo intelectualismo, cerrada por ello a la captación de los valores e imposibilitada para acceder vitalmente a la religión. Con todo el valor remite necesariamente al verum y el verum a su vez al valor, y por otra parte la religión para expresarse y comprenderse necesita de las categorías ontológicas.

11.—El Sr. Rey Altuna, cultivador constante de la Estética, en una bella comunicación sobre «Finalidad pura en el arte», describe la finalidad tal como es experimentada en la vivencia de la creación artística. El proceso de la creación artística atraviesa tres momentos, los de inspiración, elaboración y ejecución. En este proceso queda eliminado todo utilitarismo; la experiencia artística se instala en el *frui*, no en el *uti*. El comportamiento dinámico del artista, que se autoexpresa, al formar un objeto bello, guarda alguna semejanza con la acción creadora del supremo artista, Dios.

12.—El conocido pedagogo, Sr. Romero Marín, en su comunicación «Educación y Finalidad», señala la importancia del fin para la educación, basado en el hecho de que el propio Herbart, padre de la Pedagogía científica, tituló su obra maestra, publicada en 1806, «Pedagogía científica, sacada del fin de la Educación». El fin, como ideal y como resultado es inseparable de toda actividad educativa. La Pedagogía no puede ser: una ciencia pura, que no serviría como tal para educar, ni una mera tecnología, que elimine la finalidad. Esta finalidad, meta de la Pedagogía, no puede ser tampoco de carácter meramente formal, consistente en la sola evolución de las facul-

tales animicas, puesto que todo ejercicio necesariamente implica contenidos. Los contenidos de toda educación son los valores; quien desconoce los valores no puede ser educador. La acción educadora tiende a engendrar personalidades valiosas, productoras y portadoras de valores. La misión del educador es adaptar los valores a la individualidad del educando; esto presupone en él un conocimiento así del ideal valioso realizable como de las posibilidades de la realidad perfectible, polos, dentro de los cuales, para ser eficaz, deberá moverse la actividad educadora.

.13.—En su comunicación «Intención y finalidad en el acto político» expone el señor Santaló la finalidad de la actuación política, que se produce siempre dentro de un contorno constituido por pluralidad de circunstancias. El acto político tiende a hacer posible lo que es necesario, procurando con ello el desangustiamiento, la despreocupación de los individuos, miembros del cuerpo social.

II.—*Comunicaciones históricas.*—Las dispondremos, siguiendo el orden cronológico de los pensadores estudiados en ellas.

1.—El Sr. Fermín de Urmeneta en su comunicación de carácter general presenta en visión panorámica las más destacadas teorías que se han propuesto para resolver el problema del desarrollo histórico por sus razones últimas. La historia ofrece un cuadro real, en el que se mezclan en dosificación no siempre uniforme luminosidades y oscuridades: el bien y el mal. Las teorías que han intentado la solución de esta antinomia pueden quedar reducidas a seis: la Dialéctica, que apela a la revelación y se convierte en una Teología de la Historia, así por ej., San Agustín en *La Ciudad de Dios*; la Metafísica, representada por Sto. Tomás, que acude a la verdad filosófica del finalismo providencialista; la Estética, propuesta por Bossuet, que propugna la necesidad de referirlo todo a la Providencia, llegando a una desteologización de la Historia; la Dinámica, excogitada por Leibniz contra Bayle; la Fatalista, implicada en los *corsi e ricorsi* de Vico, en cuya concepción resuenan ecos de Providencialismo cristiano y de necesarismo pagano; y la Naturista, propugnada por Rousseau contra Voltaire, que convierte la historia en un tema cosmológico, totalmente independiente de la Religión. Estas dos últimas teorías, «inflexiones», el autor las llama, son totalmente rechazables; las primeras dan lugar en una concepción integradora, que pone la razón última del desarrollo histórico en una causa eficiente, que gobierna al mundo por su Providencia. La función nemésica de Dios, que no sólo permite, sino que a veces provoca los males, no obstaculiza, antes refuerza, este optimismo providencialista, como se echa de ver en Balmes, G. Villada...

2.—El P. Feliciano de Ventosa, O. F. M. Cap., en la comunicación, «Puntos de comparación entre el pensamiento bíblico y el aristotélico sobre la finalidad en la Historia», ofrece en instructiva contraposición las concepciones históricas de Aristóteles y de la Biblia. Dentro del esquema aristotélico de las ciencias, la Historia se inserta en la Física, que estudia el ente móvil y el cambio. Dentro de la triple categoría de lo cambiante, lo histórico no es lo que siempre y necesariamente sucede, ni lo que ocurre excepcionalmente y por azar, sino lo que sucede *ut in pluribus*, la mayoría de las veces. El Estagirita subraya la autosuficiencia de la Natura, que es para él a la vez causa eficiente, formal y final del *fieri*. Esto da a la Física aristotélica un carácter extremadamente fixista, que implica una total primacía de lo específico sobre lo individual, junto con una inclusión cerrada dentro de la finalidad immanente. La Etica que de ello se sigue es la Etica de la plena autosuficiencia, orientada a realizar del modo más perfecto la forma humana, sin referencia alguna a lo trascendente. La Historia queda así convertida en una eterna repetición del tipo específico, sin que pueda ser considerada como un camino hacia un porvenir mejor. La Biblia abre rutas enteramente opuestas. Por una parte subraya la intervención de Dios en el gobierno del mundo,

desterrando la autosuficiencia por la creación y la providencia. Por otra señal la existencia de un plan providencial de mejora y progreso, el *Instaurare omnia in Christo*. La Historia se encamina progresivamente hacia un fin, la recapitulación de todas las cosas en Cristo, Rey de los siglos y del género humano. De esta suerte es posible señalar una meta al progresivo movimiento humano y concebir una verdadera Filosofía de la Historia.

3.—En su comunicación «La finalidad del mundo creado según el Hexamerón de San Basilio Magno», el Sr. Benito Durán extrae de las Homilias de San Basilio sobre el Hexamerón una concepción finalística de alto valor filosófico; describe el Santo la naturaleza como dotada de un sentido dinámico, dentro del cual se conjugan la finalidad intrínseca con la extrínseca; en directa y expresa oposición al atomismo, materialista y ateo, S. Basilio presenta un universo penetrado de finalidad hasta en sus más pequeños detalles, que se revela así en la disposición de sus partes, imposible de ser mejorada por el mejor de los géometras, como en el principio vital, los instintos animales..., vestigios todos en que se manifiesta el saber del Creador, cuya gloria pregonan y cantan.

4.—El P. Saturnino Alvarez Turienzo, O. S. A., explica la finalidad a base de la terminología agustiniana. Fin se refiere a término; *finitum a fine*. Más finito tiene dos sentidos, por cuanto que significa o lo terminado por consunción, como una comida o lo terminado por consumación, como un vestido, que se confecciona. El primer fin conduce a la aniquilación, el segundo a la perfección. ¿Hacia cuál de los dos camina la existencia? Si lo existente existe para consumirse o anularse, lo existente carece realmente de finalidad. No es posible tampoco un eterno proceso de tender hacia la consumación o perfección, lo que constituiría un perenne tejer sin túnica a la vista. El fin consumidor es el bien supremo, Dios. El hombre lo persigue voluntariamente, por medio del libre albedrío, que puede fallar, posponiendo el fin a los medios, lo fruíble a lo utilizable. La doctrina de los fines se corona en San Agustín con una Ética, expresión del *ordo amoris*.

5.—Minucioso conocedor y fiel expositor del pensamiento de Sto. Tomás, se muestra el P. Teófilo Urdanoz, O. P., en su comunicación, «La finalidad en el mundo». Comienza afirmando que los tiempos del cientificismo mecanicista, negadores de la finalidad ya son pasados; por otra parte cierto movimiento surgido recientemente bajo el rótulo de Neofinalismo, no parece tampoco suficiente; se precisa un retorno a Sto. Tomás. Para el Angélico el concepto de finalidad pertenece al mismo plano noético que el de eficiencia; ambos son sacados de la experiencia, así externa como interna. La percepción del orden, de la dirección del agente al actuar, por una fácil inducción nos conduce al principio de finalidad «*omne agens agit propter finem*», que es en sí mismo analítico y universal. De la irrecusable presencia de la finalidad captada en el mundo pasa la mente a la finalidad del mismo mundo, a la ordenación finalista del conjunto mundano, reino universal de la finalidad. Esta finalidad no puede ser puramente inmanente, cerrada, lo que conduciría al ateísmo; la finalidad del mundo solamente se explica por la apelación a una Inteligencia suprema.

6.—Dentro de la misma orientación se mueve la comunicación del P. Victorino Rodríguez, O. P., «Fin y existencia». La finalidad es un tema de naturaleza metafísica, que se extiende no sólo a lo contingente, sino también a lo necesario. Si en lo psicológico es posible distinguir el ejercicio y la especificación, el valor de esta distinción alcanza también a lo metafísico. Mover es educir algo de la potencia al acto; para ello no es suficiente una causa eficiente, es necesaria además una causa final. El fin conocido no influye solamente en el ejercicio o en la existencia del efecto, sino también en su especificación o esencia. La causalidad que el entendimiento, al tener

presente un fin, ejerce sobre la voluntad no es eficiente. Esta doctrina profesada por Sto. Tomás en el siglo XIII y el P. Ramírez, O. P. en el XX, fue también sostenida en el XVI por Cayetano, aunque algunas de sus expresiones hayan dado pie a que se le tache de exagerado intelectualista.

7.—Don Francisco Manso Pérez en la comunicación «El fin y la moral "heróica" en Gracián», estudia a nuestro pensador barroco y diseña el modelo humano que presenta en su Héroe. Para salvar la crisis moral que aquejaba a su época, en el siglo XVII, siglo de Descartes, puso Gracián de relieve la necesidad de un fin en la vida, configurando un tipo de hombre, que concentrase en sí a la vez las exigencias humanísticas y las cristianas. El humanismo cristiano, que Gracián profesa, tiene un perfil muy español, muy aragonés y auténticamente jesuítico; señala al hombre moderno un fin trascendente, al que habrá de ajustar su conducta, el A. M. D. G., Gracián en sí y en su obra constituye una lección aprovechable para el alivio de la crisis ética de nuestro siglo XX.

8.—«La finalidad de la inteligencia y la noción del ser», es el título de la comunicación del P. Gómez Caffarena, S. I., en la que describe los puntos capitales de la teoría del P. Lonergan, último exponente del dinamismo intelectual, teoría iniciada por el P. Marechal y secundada por el P. Lotz de la Escuela de Pullach. Su propósito es liberar al intelectualismo del conceptualismo, revalorizando en un sentido plenario el principio de que la inteligencia es la facultad del ser y a su vez el ser el objetivo de la inteligencia. El ser no es un concepto; la noción de ser tiene calidad de anticipación heurística. Entre cognoscente y conocido existe un previo isomorfismo, que posibilita su adaptación dentro del conocimiento. El conocimiento despliega un dinamismo finalista, que de una parte implica un dualismo radical y de otra la existencia de Dios.

9.—Don José M. Chacón augura en su comunicación la próxima aparición de una filosofía neofinalista, que equilibre los postulados legítimos del omnimaterialismo mecanicismo antifinalista, por una parte y el panvitalismo omnespiritualismo, más reciente, por otra. Descartes introdujo una visión netamente mecanicista del mundo, cuyo efecto ha sido en los siglos XIX-XX una inmensa fecundidad industrial, pero que en el orden humano ha conducido al pesimismo sartriano, que define al hombre como una pasión inútil. Ante la vida y la conciencia el omnimaterialismo ha fracasado rotundamente; aún la mecánica cuántica y la física indeterminista han mostrado que la filosofía mecanicista carece de sentido. Frente a ella ha surgido un panvitalismo omnespiritualista, que propugna una única materia con unidad de leyes, un universo penetrado de vitalidad, de «previa», de vida universal. Se advierten indicios de que nos aproximamos a una concepción sintética, que atraiga y reúna en un punto central las extremosidades a que ambas concepciones en su unilateralidad exagerada se han visto conducidas. Apunta la autora de un Neofinalismo.

10.—En su comunicación histórico-pedagógica, «Finalidad de la educación en Spranger y Zaragüeta», el Sr. Tusquets compara los fines que a la educación señalan entrambos pedagogos. Las seis formas de vida descritas por el psicólogo germano corresponden a otros tantos valores escalonados, de los que los económicos se sitúan en el lugar infimo, los religiosos en supremo. Lo ético surge en la conciencia individual ante un conflicto entre valores objetivos, más no como una nueva forma de vida. Para la realización de los valores culturales basta la actividad humana, que no es suficiente para la ética; en esta ha de obrar Dios, una gracia superior. El educador cuenta de este modo con un instrumento mágico, se transforma en un mago. La concepción del Sr. Zaragüeta es más realista, más psicológica, más orgánica. El educador no es un mago, es un técnico, forjador en lo especulativo de ideales y su realizador en la práctica. Estos ideales son reducidos a cinco: científico, estético, ético, jurídico y religioso. A

ellos tenemos acceso naturalmente o a través de la evidencia o por el intermedio de la autoridad.

La V Semana de Filosofía se ha caracterizado en líneas generales por la seriedad y competencia con que el tema de la Finalidad en varias de sus ramificaciones ha sido estudiado y expuesto, y por la simpatía y comprensión con que las ponencias y comunicaciones han sido acogidas y discutidas con ejemplar espíritu de colaboración. Aunque no todas las disertaciones presentadas alcanzasen el mismo nivel, la Semana ha constituido un índice palmario de que los asuntos filosóficos interesan a un sector de españoles cada día más amplio y un claro exponente de que la investigación filosófica va ganando exigencia y altura en nuestra patria.

Nos permitimos adelantar algunas deficiencias, que creemos haber advertido a lo largo de la Semana, no atribuibles ciertamente a sus organizadores ni a cuantos a ella han contribuido con sus personales aportaciones, pero que nos parecen afectar a la Semana mirada en su totalidad desde un punto de vista sintético y sistemático:

a) La Finalidad es de suyo un concepto eminentemente metafísico. Sin embargo este aspecto, primario y fundamental, ha quedado extrañamente preterido en la Semana. Se han descrito, hasta con morosidad, varias de las formas con que la finalidad se despliega en el mundo, pero no ha sido estudiada la finalidad en sí misma. Se la ha dado por supuesta, más no se ha analizado su noción, sus elementos integrantes, sus implicaciones, sus exigencias, su causalidad específica, su coordinación con otras causalidades dentro del dinamismo cósmico, ni la relación del proceso teológico con el eficiente, del fin intencional con el efecto real. No es que en determinadas ocasiones no aflorara este aspecto en las palabras de los disertantes, pero rápidamente otras consideraciones más ceñidas al tema concreto, lo retiraban de la vista. La Semana ha resultado en conjunto carente de sólida base metafísica y un poco en el aire.

b) No creemos que las meras descripciones del orden cósmico, por minuciosas y detallistas que ellas sean, basten por sí solas para justificar la afirmación categórica de la finalidad. También el mecanicista conoce este orden, lo describe en términos similares al finalista. Lo que se discute entre mecanicismo y finalismo no es el hecho, sino su explicación. ¿Son o no suficientes las fuerzas físico-químicas para proporcionar la última y total explicación de ese orden cósmico, cuya existencia no se pone en duda? Esta es la cuestión. Añádase que tampoco la evolución por sí sola obliga a admitir una finalidad orientadora; recuérdese que el evolucionismo se engendró y nació en el seno del mecanicismo. Por encima de la descripción, cometido de la ciencia, hay que situar la explicación, y ésta corresponde a la Metafísica, cuya ausencia ha dejado en la Semana un hueco bien señalado.

Esto no obsta para que por la organización y celebración de la V Semana de Filosofía, así el Instituto «Luis Vives» del C. I. S. C., como la Sociedad Española de Filosofía, se hayan hecho acreedores a los más sinceros y calurosos plácemes.

R. López de Munain, O. F. M.

II SEMANA DE ESTUDIOS DE LA SOCIEDAD TEOLOGICA
DE LOS SAGRADOS CORAZONES

(31 marzo-3 abril, 1959)

La nueva Sociedad Teológica de los Sdos. Corazones acaba de celebrar su segunda Semana de estudios. Los lectores de SALMANTICENSIS agradecerán unas breves notas sobre su constitución y sus fines.

El 26 de abril de 1957 quedó constituida la nueva Sociedad (STC), cuyos estatutos quedaron fijados en una reunión consultiva y constitucional, presidida por el Ilmo. Sr. D. Faustino Herranz, Provicario de Valladolid, en nombre y representación del Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo. Como Primera Junta de Gobierno fue nombrada por votación: Presidente, P. Solano, S. J., Secretario, P. Alonso, C. M. F., Tesorero, Don Gerardo Sinova, Vocales, RR. PP. Aperribay, O. F. M., Ausejo, O. F. M. Cap., Luis, C. Ss. R. y Pérez Villanueva, SS. CC.

Tiene como domicilio el Instituto del Sdo. Corazón de Valladolid, y como fin, el estudio científico-teológico de los Sagrados Corazones. Como medios para promover este fin, son: unas semanas de estudio bienales, la publicación de estos trabajos (ya ha publicado su primer volumen: *Comentarios teológicos a la Enciclica "Haurietis aquas"*, Cocusla, Madrid), conferencias y cursillos en centros de estudios superiores eclesiásticos y civiles, publicaciones de carácter científico previstas. Su funcionamiento se rige por normas y estatutos generales de forma similar a las demás Sociedades científico-teológicas. Actualmente pertenecen a la STC, cincuenta y dos miembros numerarios y nueve socios bienhechores, que, con su generosidad, han hecho posible un funcionamiento normal de iniciación.

Su primera Semana de Estudios fue celebrada en Valladolid, del 23 al 26 de abril de 1957, y se dedicó al hacer unos Comentarios teológicos a la Enciclica reciente *Haurietis Aquas*. El aspecto escriturario fue tratado por el P. Ausejo, la comparación con las anteriores Encíclicas sobre la Devoción al C. de J., por el P. Solano, los criterios de valoración histórica en la historia del culto al Sdo. Corazón por el P. Alonso. Otros estudios hicieron una valoración actual y teológica de la devoción según la Enciclica: así el P. Calveras estudió el objeto, el P. Luis y Aperribay relacionaron la devoción con los dogmas fundamentales de la teología; dos ponencias, las de los PP. Pérez Villanueva e Igartúa estudiaron la consagración en sus aspectos individual y social; finalmente, la iconografía y el simbolismo fueron estudiadas e ilustradas con diapositivas por los Rvdos. Herrán y Camprubi. Esta primera Semana de la STC constituyó ya un primer franco éxito que ha sido recogido en el volumen publicado, y que forma sin duda uno de los mejores comentarios teológicos que hayan salido de la Enciclica *Haurietis aquas*, y una de las obras mejores de toda la literatura española en torno al Corazón de Jesús.

La Segunda Semana de estudios ha sido celebrada recientemente, también en Valladolid este año del 31 de marzo al 3 de abril. Su tema general ha sido: *Problemas actuales en torno a la devoción al Corazón de María*. He aquí las ponencias desarrolladas:

El Corazón de María en la Sagrada Escritura: P. J. Caubet, SS. CC.

El Corazón de María en la Liturgia: P. J. A. Bustamante, C. M. F.

El Corazón de María en Juan Eudes: P. L. Fernández de la Fuente, S. J.

El Corazón de María, esperanza de la Iglesia: P. E. del Sdo. Corazón, O. C. D.

El objeto de la devoción al Corazón de María. Síntesis teológica: P. M. Díez Navarro, S. C. J.

El Corazón de María en el Magisterio: P. Hilario Marín, S. J.

El Corazón de María como síntesis de la Mariología: P. O. Casado, C. M. F.

La consagración al Corazón de María: M. I. Sr. D. Eduardo Sánchez.

Teología de la reparación cordimariana: P. J. M. Alvarez Peña, S. C. J.

El Corazón de María y la espiritualidad cristiana: P. M. Bueno, O. P.

La espiritualidad cordimariana. Síntesis: P. F. Juberías, C. M. F.

Contenido dogmático del mensaje de Fátima: P. A. Villalmonete, O. F. M. Cap.

Simbolismo del Corazón de María: Rvdo. D. Laurentino Herrán.

Iconografía del Corazón de María: P. J. M. Canal, C. M. F.

El Corazón de María en la piedad de la Iglesia: P. Fermín María, O. F. M.

El Corazón de María y su representación artística (con proyecciones): P. J. Plazaola, S. J.

Todas las ponencias fueron desarrolladas ampliamente y con una altura teológica notable. Los coloquios, siempre muy animados, fueron una confrontación de posiciones seria y eficaz. El próximo volumen, segundo del Boletín bienal de la STC, será ciertamente una teología del Corazón de María, compacta y casi íntegra. Cor. él la literatura cordimariana española entra en rutas de franca elevación teológica.

La Sociedad Teológica de los Sdos. Corazones ha recibido el encargo de preparar un Congreso Internacional sobre el Sdo. Corazón de Jesús, que tendrá lugar en Barcelona, en el otoño del año 1961, con ocasión de la terminación del templo de la Reparación del Tibidabo. El Congreso constituirá su tercera Semana de Estudios, y con ello, la STC quedará consagrada en su eficacia por el progreso de una teología viva, actual y sáplida.

J. María Alonso, C. M. F.

PRIMER CONGRESO INTERNACIONAL DE ESTUDIOS CICERONIANOS

(2-7 abril, 1959)

Del 2 al 7 de abril se celebró en Roma el Primer Congreso de Estudios Ciceronianos. Asistieron unos 300 congresistas. Hubo comunicaciones de gran relieve, como las de los profesores Arnaldi, de Nápoles, Büchner, de Freiburg, Calderini, de Milán, Enk, de Groninga, Herescu, de Bucarest, Hermann, de Bruselas, Malcovati, de Pavia, Pighi, de Bolonia, Pöschy, de Heidelberg, Tescari y Paratore de Roma.

En representación de la Universidad Pontificia de Salamanca asistieron Don José Guillén, y el R. P. José Jiménez Delgado, C. M. F., Decano de la Sección de Clásicas.

Don José Guillén presentó dos comunicaciones, la primera, sobre el conocimiento indirecto de Cicerón a través de las múltiples biografías que siguieron a su muerte y la segunda, sobre Cicerón en España.

El P. Jiménez Delgado presentó también una comunicación sobre el concepto de *adulescens* en Cicerón, estudiando particularmente los textos del *De Senectute* en relación con los textos jurídicos y la semántica vulgar de esta palabra.

El Santo Padre recibió el día 7 a los congresistas y les dirigió un discurso en latín haciendo resaltar el papel de Cicerón, en la cultura cristiana e insistiendo en la necesidad de cultivar con entusiasmo la lengua latina y las disciplinas afines, hoy, más que nunca, por el peligro que la afición desmedida a las ciencias aplicadas lleva consigo.

Al final de la recepción, Su Santidad compartió afablemente con los delegados de nuestra Universidad, refrescando recuerdos de Salamanca y de España e interesándose por el florecimiento de este importante Centro de formación eclesialística.

J. Jiménez Delgado, C. M. F.